

## CAPÍTULO XI.

LLEGADA DE LA NIÑA A PALOS.—RECEPCION HECHA A COLON.—LLEGADA DE LA PINTA.—HUIDA PRECIPITADA DE MARTIN ALONSO PINZON.—COLON CUMPLE LOS VOTOS DE QUE ESTABA ENCARGADO.—SU VUELTA A SU CELDA.—SU PARTIDA PARA LA CORTE.—SU CAMINO TRIUNFAL.—AFLUENCIA DE LOS PUEBLOS EN SU CAMINO.—SU ENTRADA EN BARCELONA.—ACOGIDA DE ISABEL.—FAMA QUE LOGRÓ EL DESCUBRIMIENTO.—TESTIMONIO DE LA SANTA SEDE A FAVOR DE COLON.—HONORES QUE SE RINDIERON A SU GENIO.—CUENTO DEL HUEVO.—PREPARATIVOS PARA UNA SEGUNDA EXPEDICION.

### § I.

Un sentimiento de vaga inquietud tenía en aquellos días perturbado el ánimo de los pobladores de la pequeña villa de Palos. Todas las familias sentían angustiosa ansiedad por un pariente ó un amigo. Hacia siete meses y doce días (porque se contaban hasta los días) que carecían de noticias de los hijos del país, á quienes una orden de los Reyes había forzado á seguir al genoves, el de las grandes promesas, cuya memoria maldecían en sus horas de insomnio las madres y esposas. ¿Qué se había hecho de ellos? Nada podían contestar á esta pregunta ni los primeros alcaldes, ni el corredor marítimo Diego Prieto, que tenía relaciones en la Corte. Todos temían comunicarse mutuamente sus temores. Creíaseles perdidos sin remedio, engolfados en los abismos del MAR TENEBROSO; y nadie se atrevía á expresar el espantoso fin que debían haber hallado los infelices, sacrificados de aquella manera á la ambicion de un visionario extranjero.

Esta era la disposicion de los ánimos, cuando, el viérnes 15 de marzo, á las doce del día, los ociosos del puerto divisaron una carabela que, con viento flojo, navegaba el Odiel, y luégo conocieron por su corte que era la *Niña*, que llevaba izados en sus palos la bandera de la expedicion y el estandarte real de Castilla. Al punto de uno á otro estremò de la pequeña poblacion resonó un grito unánime de alegre entusiasmo.

En un instante llegó á las habitaciones más apartadas la noticia de la vuelta de



los expedicionarios y de sus maravillosos descubrimientos. Por un movimiento espontáneo cerráronse todas las tiendas; y todos los vecinos acudían á la carabela. Echáronse al vuelo las campanas; disparáronse cañonazos; adornáronse con flores los balcones y ventanas, y las calles con cortinas de damasco. «Colon, al desembarcar, fué recibido con los mismos honores que se habrían tributado al rey. Todo el pueblo le acompañó en solemne procesion, á él y á su tripulacion á la iglesia, donde fueron á dar gracias á Dios por haber coronado con tan feliz éxito el viaje más largo y más importante que jamas se hubiese emprendido (1).» Después de tantas zozobras y angustias ¡cuál no debía ser el entusiasmo de las familias al recobrar á los que desconfiaban de volver á ver en la tierra!

Al cabo de algunas horas, mientras que toda la ciudad, fuera de sí de indecible alegría, ofrecía sus felicitaciones y homenajes al Almirante, y por el repique de sus campanas, anunciaba á los pueblos vecinos un extraordinario acontecimiento, vióse llegar cerca del anclaje de la *Niña* otra carabela muy conocida de los habitantes, la *Pinta*, que montaba Martin Alonso Pinzon. Á los pocos instantes, se descolgó de ella á escondidas un bote que remó río abajo: era el capitán que huía.

Arrojado Martin Alonso Pinzon por la tempestad al golfo de Vizcaya, persuadido de que la pequeña *Niña* no había podido librarse de la borrasca, por la mucha agua que hacía, sus averías, y su carga, acababa de dirigir á los Reyes una relacion del descubrimiento que se atribuía á sí mismo, y pedía autorizacion para ir á la Corte á darles cuenta de la expedicion. Mientras esperaba su respuesta, iba á su ciudad natal para gozar del triunfo que se había prometido; pero al ver ondear el pabellon del Almirante en el palo mayor de la *Niña*, quedó lleno de confusion. Por temor de que su jefe le mandara prender y encadenar, conforme al derecho que tenía para ello, huyó vergonzosamente, con el coraje en el corazon, ante la fama del triunfo de aquél á quien él quería suplantar.

La tripulacion de la *Pinta* estaba completa; y entre los hombres dejados en la Española no había ni uno siquiera que fuese natural de Palos. Con razon podía Colon dirigir á las personas de aquel puerto que le habían detestado y maldecido, aquellas palabras del Buen Pastor: «No perdí ni uno solo de los que me disteis (2).» Por esto, había llegado á su colmo la alegría de los habitantes de Palos. Viendo que el Almirante le devolvía todos los hijos que le había confiado; no sabía cómo demostrarle su profunda admiracion.

(1) Robertson, *Historia de América*, tom. I, lib. II, pág. 143.

(2) «*Quia quos dedisti mihi, non perdidí ex eis quemquam*.»—S. Joan. Evang., cap. xviii.

Los demas marineros naturales de los alrededores, testigos de la acogida hecha por sus familias á los de Palos, deseosos como estaban de igual dicha, hubieran querido partir aquella misma tarde para sus pueblos; pero los regocijos, los transportes y entusiasmo de que Colon era objeto no podían borrar ni un momento de su alma tan tiernamente piadosa el compromiso contraído durante la borrasca en las aguas de las Azores. El Almirante no concedió ninguna licencia ántes del cumplimiento del voto que la perfidia del gobernador portugues de la isla de Santa María había traídoramente interrumpido. Habíase prometido ir á la primera iglesia, dedicada á Nuestra Señora, cercana al sitio donde pudiera recalar la *Niña*. El sitio era ahora Palos; la iglesia, Nuestra Señora de la Rábida, en el convento del cual era Guardian el sabio Juan Perez de Marchena.

De este modo, el generoso Franciscano que había celebrado la misa solemne para el embarque, celebró tambien la misa de acciones de gracias por el feliz regreso. Pareció que la Providencia le había procurado aquella satisfaccion. El día ántes se habían dado gracias á Dios por el favor del descubrimiento, el día siguiente se iban á dar gracias á la Virgen de la salvacion, al áncora de esperanza del pobre marinero. Fué una ceremonia profundamente conmovedora. Aquellos navegantes descalzos y en paños menores, todos desde el grumete hasta el Almirante, con el lastimoso traje del náufrago salvado de las olas, al ir á dar gracias á María, la Estrella del mar, por haberles librado de los abismos del Océano furioso, iban seguidos de gran número de personas asociadas de corazon á sus oraciones y á su gratitud.

Cada marinero se veía entretanto rodeado de sus conocidos, escuchado como un oráculo; sus familias estaban envanecidas por ellos. Todos se los disputaban. Sus parientes se reunían para obsequiarles. Pero el Almirante, en medio de los honores y alabanzas se encontraba en Palos como extranjero, porque allí no tenía familia. La única con que contaba era la de San Francisco; sus hermanos de la Orden Seráfica le esperaban en la Rábida; volvió pues al lado de ellos y tomó otra vez posesion de la amada celda que le reservaba el padre Guardian.

Fácilmente se adivinó la felicidad de los dos amigos cuando volvieron á reunirse. Había finalmente recibido su recompensa la idea que habían tenido desde luégo separadamente el uno del otro, la esperanza que concibieron juntos, la paciente fe que supo triunfar del orgullo y preocupaciones de la ciencia. ¡Tampoco se había engañado pues el padre Juan Perez de Marchena! allende la línea azul del Occidente que tan á menudo interrogaba con su mirada, existían como él lo había presentido, tierras habitables y pueblos que conducir al Salvador. Habíase mostrado á los indígenas el signo de la Redencion; habíase plantado la Cruz entre ellos, y habíanla saludado los cándidos hijos de los bosques. Ahora podría realizarse el deseo del seráfico Francisco de Asis. Sería imposible expresar la tranquila



alegría, evangélica satisfacción é intimo consuelo que hubo entónces en aquella reducida comunidad de la Rábida.

Si en ningun congreso diplomático se discutió jamas proyecto más importante que aquel cuyas bases habian examinado siete años ántes Colon y el sabio franciscano, en aquel humilde monasterio, puede muy bien asegurarse que jamas se concibió combinacion más atrevida que aquella cuyo plan formaba Cristóbal Colon en provecho de Castilla, el día siguiente al de su llegada. El trabajo que él delineaba de esta manera, como de corrida, en interes de la monarquía española, en el silencio de su modesta celda, era quiza más grande todavía y de más inmediatas ventajas que el mismo descubrimiento.

Completando Cristóbal Colon en aquella celda el corto pliego que había enviado desde el anclaje de Rastello á la corte de Castilla, redactó el resumen de su descubrimiento.

Desde dicha celda aconsejó á los dos reyes que hicieran ofrenda á la Santa Sede (1) de las tierras nuevamente descubiertas, y llamaran su bendicion sobre aquella empresa por una Bula que protegiera sus conquistas.

Tambien indicó desde dicha celda cómo, á fin de evitar conflictos ulteriores, debiera verificarse la reparticion de las tierras por descubrir entre las dos potencias marítimas que en aquella época practicaban investigaciones en el Océano.

Á este efecto, imagina Colon hacer que el Sumo Pontífice atribuya para los descubrimientos de los castellanos en el Oeste, un espacio igual al que los portugueses tuvieron en el Este. Y á fin de determinar las fronteras de los dos reinos en los ilimitados territorios que bañaba el Océano, propone un medio de admirable sencillez.

Con la misma seguridad que si tuviera á su vista todo el espacio del globo, del que se desconocían todavía más de los dos tercios, hace con sublime audacia ó mejor dicho con candorosa certidumbre la seccion del Ecuador que nadie había traspasado; forma al traves de la inmensidad una demarcacion gigantesca; tira de uno á otro polo una línea ideal, que dividirá la Tierra, pasando á una distancia media de cien leguas, tomada entre las islas del Cabo Verde y las de las Azores. Para llevar á cabo esa admirable separacion geográfica, escoge precisamente el único punto de nuestro planeta que la ciencia escogería en nuestra época (2): la curiosa region de la Línea sin declinacion magnética, donde la trasparencia de las

(1) Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. XLII.

(2) Humboldt elogia con admiracion, especialmente en su *Historia de la Geografía del Nuevo Continente* y en su *COSMOS, Ensayo de una descripción física del globo*, lo que ofrece de ingenioso, nuevo é importante bajo el punto de vista de la Física, de la Geografía y de la Cosmografía esa línea que indicaba Colon. Este hecho merece observarse.

aguas, la suavidad del aire, la deslumbradora claridad de la atmósfera, la abundancia de la vejetacion submarina, el esplendor tropical de las noches, la fosforescencia de las olas, indican en la movible region de las aguas una misteriosa demarcacion del Criador.

Este cálculo era la más atrevida concepcion que jamas haya salido del cerebro humano. Colon, no obstante, sin vacilar, sin envanecerse, no presintiendo quizá el prodigio de su operacion, toma tranquilamente sus dimensiones, y pide con sencillez que se envíen á Roma.

Cuanto él exponía en sus consideraciones, para la division de las regiones inexploradas, entre las dos coronas de Castilla y Portugal, era seguramente tan racional como osado, y tan osado como desconocido del resto de los hombres; y por lo mismo, á causa de las dificultades que experimenta siempre lo nuevo, debía provocar objeciones, dudas, y, por consiguiente, resistencias. Pero el mensajero de la salvacion tenia fe en la infalible sabiduria de la Iglesia depositaria de las verdades del Verbo. Más adelante veremos cuán bien justificó el Papado esa noble confianza.

## § II.

Todos los hombres que habian regresado con el Almirante podian descansar de sus fatigas, disfrutar del hechizo del reposo despues de tantos trabajos y peligros; pero él á quien la suerte había designado tres veces de cuatro que se la consultó para la expiacion de todos, debía cumplir los votos de que le encargaba una predileccion misteriosa.

Desde luégo debió ir á Nuestra Señora de Guadalupe, llevando un cirio encendido de cinco libras de peso. En aquel retiro experimentó grandes consuelos espirituales; conversó con hombres santos y trabó con ellos relaciones que no se interrumpieron. Como recuerdo de sus simpatias, prometió á los religiosos imponer el nombre de su convento á una de las islas que descubriera, y muy pronto les cumplió su palabra.

Despues volvió Colon á Moguer, cerca de Palos, al convento de Santa Clara, al que le afiliaba naturalmente el cordon de San Francisco, que llevaba debajo de sus vestidos. Celebróse allí una misa solemne de accion de gracias. Luégo, cuando llegó la noche, entró solo en la iglesia cuyas puertas se cerraron detras de él, y en la cual debía pasar toda la noche orando. Los vacilantes resplandores de la lámpara del santuario se reflejaban en los marcos de los cuadros, los bajos relieves del coro, y dibujaban confusamente las guerreras estatuas de los condes de Puertocarrero,